

vuelve rico, á fin de que los malos tratos y las amenazas no acaben nunca, me pide honra... y á pesar de todo... ¿Seré necia? Le quiero todavía. Confieso, no obstante, que para sacudir este yugo, para librarme de este maldito amor... siento á veces tentaciones de dar jicarazo á Rivera. ¡Ay! ¡Ay! ¡Qué desdichada soy! ¡Ay! ¡Ay!

(Llora y se arroja en un sillón, ocultando el rostro con las manos.)



JORNADA SEGUNDA.

Rico estrado en casa de doña Irene.

ESCENA I.

DOÑA IRENE, LAURA.

Doña Irene, vestida de negro, con toca de lana blanca en la cabeza, aparece sentada en un sillón, junto á un bufete con recado de escribir. Doña Irene es una dama de más de sesenta años, muy venerable. Su traje, aunque sencillo, ha de ser señorial y severo. En vez de joyas, penden de su cuello devotas medallas, relicarios y cruces. Un rosario de gruesas cuentas debe ir ceñido á su brazo. Laura, destocada, está de pié.

DOÑA IRENE.—Ven acá, hija mia. Ven á mi lado sin zozobra. Siéntate; tenemos que hablar.

LAURA.—Mandad, señora. (Se sienta.)

DOÑA IRENE.—Prévio tu consentimiento, y con fines que no puedo explicarte, el Padre Antonio me confió, tiempo há, como sabes, la causa de tus penas. No te sonrojes, pues, si te hablo de esa causa. No me mo-

vió á saberla, ni ahora me mueve á consultar tu corazón, una curiosidad frívola. Me mueven intereses muy altos y tu propia ventura.

LAURA.—Así lo creo. Preguntad lo que gustéis. Me avergüenzo de mis culpas: no de que tengais conocimiento de ellas.

DOÑA IRENE.—¿Sabes el nombre de la persona?...

LAURA.—Lo ignoro. Yo le llamaba con nombre que despues supe que era fingido.

DOÑA IRENE.—Sin duda le amabas entónces.

LAURA.—¡Ah, señora! Mi alma iba extraviada en la oscura noche de su ignorancia. El me deslumbró, me fascinó, me atrajo cómo dicen que atraen los abismos. ¿Por qué me preguntais si le amaba? El atractivo diabólico no merece nombre de amor. ¿Ama el pajarillo á la serpiente? Caí sin comprender la gravedad de mi culpa. Sobrado tarde la conciencia se despertó en mí... terrible, aunque confusa. Me pesaba mi maldad. Acudí al confesonario. El Padre Antonio, al descubrirme toda la belleza de la virtud, me dejó ver la fealdad del vicio: al pintarme la inmaculada inocencia, me hizo patente mi desconocimiento del bien. Con mano firme arrancó la venda que cubría mis ojos. Y yo, al oírle hablar del amor santo, advertí al punto con qué perverso simulacro de amor había sido contaminada.

DOÑA IRENE.—Conozco tu vida ejemplar, tu ruda penitencia desde entónces. Dios te ha perdonado.

LAURA.—Dios es infinitamente misericordioso; pero el mundo no puede perdonar. Yo, además, ni debo declararme culpada y pedirle perdon, porque la honra está de por medio, ni mucho ménos debo engañar

al mundo. Quiero, pues, huir de él; encerrarme en el claustro.

DOÑA IRENE.—Digna de quien tiene corazón generoso y rostro vergonzoso es la determinación que tomas. Pero dime, hija mía, fuesen los que fuesen los sentimientos que el hombre desconocido te inspiró, durante tu desvarío, ¿en qué se trocaron, luego que comprendiste la magnitud de tu culpa?

LAURA.—Confieso que empecé á odiarle; pero el Padre Antonio extirpó el odio de mis entrañas.

DOÑA IRENE.—Aquel bienaventurado siervo de Dios fué como labrador cuidadoso que arranca la mala hierba del campo que ha sembrado á fin de que nazca y prospere la buena semilla... ¿Qué sientes ahora por el hombre que te hizo caer en el precipicio?

LAURA.—Terror... repugnancia... odio no... le compadecería, si mi propia desventura no agotase toda mi compasión.

DOÑA IRENE.—¿Jamás has vuelto á verle?

LAURA.—Jamás. Su vida era un misterio. No se recataba, ni se ocultaba por mí, sino por todos. Desapareció como vino, sin dejar huella de sí.

DOÑA IRENE.—La desgraciada mujer á quien tan torpemente te dejó tu hermano encomendada, y de cuya condición no podía aguardarse otra cosa que lo que hizo; ¿crees tú que tenía más noticia de quién era ese hombre? ¿Sabía de dónde vino? ¿Sabía adónde se fué?

LAURA.—Lo más duro de mi penitencia ha consistido en seguir viviendo con doña Brianda, á fin de evitar el escándalo. Con ella me dejó mi hermano, y con ella debió hallarme á su vuelta; pero ambas he-

mos evitado toda conversacion sobre el desconocido. ¿Cómo he de saber yo las noticias que tendrá ella acerca de ese hombre?

DOÑA IRENE.—Y él, cuando se fué, ¿nada te dijo?

LAURA.—Me dijo que una imperiosa necesidad le obligaba á ausentarse: que se iba muy léjos: quizá para nunca volver.

ESCENA II.

DICHOS, EL PADRE ANTONIO.

EL PADRE.—No extrañéis, mi señora doña Irene, que éntre aquí sin anunciarme y tan precipitadamente. Laura tiene entereza para oír y sufrir lo que me urge deciros. Nadie sabe nuestro secreto, salvo doña Brianda y el seductor misterioso; pero Rivera, al ver la resistencia de su hermana á casarse con Cuéllar, por mil indicios que ha ido recogiendo, y tal vez por el grito de su misma conciencia que le acusa de haber dejado á Laura en poder de doña Brianda, lo sospecha todo; anhela averiguar el nombre del seductor, á fin de vengarse; está furioso; ha querido, hasta con amenazas, que yo le revele lo que esta infeliz me ha confiado en el tribunal de la penitencia; y ha estado más violento aún con su pecadora tia. Nada, hasta el momento presente, ha podido averiguar. Dos horas de término ha dado á doña Brianda para que confiese. Doña Brianda no confesará. Y Rivera, que

repugna interrogar y amenazar á su hermana, al cabo vendrá á llevársela para interrogarla, amenazarla y quizá castigarla.

LAURA.—Hágase la voluntad de Dios.

DOÑA IRENE.—No, hija mia, Esa no será su voluntad soberana. Yo no te dejaré ir: yo me interpondré entre la cólera de tu hermano y tu desventura. Rivera respetará mis canas y no osará atropellarme. (Entra un escudero.)

ESCUDERO. (A doña Irene.)—El Sr. Bartolomé de Rivera pide licencia para hablaros.

DOÑA IRENE. (Al Padre.)—Idos con Laura. (A Laura.) Retírate, hija, y ten confianza en Dios y en mí. (Al escudero.) Decid á ese hidalgo que éntre. (Vánse Laura, el Padre y el escudero.)

ESCENA III.

DOÑA IRENE, RIVERA.

RIVERA.—Perdonad, señora, vengo por mi hermana.

DOÑA IRENE.—¿Qué mudanza es esta? Apénas ha tomado Laura posesion de mi casa y ya queréis llevárosla.

RIVERA.—Me importa hacerlo.

DOÑA IRENE.—Bien sé yo por qué.

RIVERA.—¿Cómo lo sabeis? ¿Qué es lo que sabeis?

DOÑA IRENE.—Ya no es tiempo de disimular. Lo sé todo por Laura misma.

RIVERA.—¡Así despedaza mi honra! ¡Así publica mi infamia!

DOÑA IRENE.—Reportaos, señor de Rivera. Sólo su confesor y yo sabemos el secreto de Laura.

RIVERA.—Reveladme el indigno secreto. ¿Es Laura culpada?

DOÑA IRENE.—Laura ha expiado su culpa. Dios la perdonó ya. Perdonadla vos también y dejadla que siga su vocación y que se retire á un convento.

RIVERA.—¡Ira de Dios, señora! Eso es imposible. Cuéllar ama á mi hermana. Yo, creyéndola digna de este amor, le he alimentado con esperanzas y promesas en el alma de mi amigo. ¿Cómo no cumplírselas hoy? ¿Qué pretexto le daré si no le confío mi afrenta? ¿Y cómo confiársela sin saber ántes el nombre del seductor, y buscarle y matarle? Decidme quién es, decidme dónde está, para que yo le busque y le mate.

DOÑA IRENE.—El seductor se envuelve en misterio profundo. Ni vuestra hermana, ni el Padre Antonio, ni tal vez doña Brianda saben quién es.

RIVERA.—Aunque se esconda en el centro de la tierra, he de sacarle de allí para que me pague con su sangre.

DOÑA IRENE.—Y si os pagase con una reparación, ¿la aceptaríais?

RIVERA.—Toda reparación es ya tardía. Pues qué, ¿he de dar la mano de Laura, para remediar su honra, á quien tal vez ceda al miedo ó á la codicia al casarse con ella? Si ahora la toma por mujer, dará á sospechar que lo hace porque yo he vuelto rico, y so-

bre todo, porque yo he vuelto á pedirle cuenta de su villanía. Si se allana... si se resigna á ser esposo de Laura, no será porque la ama, sino porque prefiere mi oro á mi acero.

DOÑA IRENE.—¿Y si el desconocido os diese pruebas de que ni codicia vuestro oro ni teme vuestro acero, y de que por amor recibe por mujer legítima á vuestra hermana?

RIVERA.—Aun así, no consentiría yo en el casamiento. ¿Y Cuéllar? ¿Y mi promesa? Cuéllar no se dejará arrebatar á Laura sino por Dios. No hay más sino que mi hermana éntre en el convento y que yo mate á su amante. Hubiérala él honradamente enamorado y yo cedería, aunque me doliese el faltar á Cuéllar. Pero faltar á Cuéllar y consentir en que un malvado en premio de una traición, jactándose tal vez de que me favorece devolviéndome la honra, me llame su hermano, y hiera á mi verdadero hermano de armas en el centro del corazón... eso nunca.

DOÑA IRENE.—Sentiré enojaros; pero no es esa mi intención. Disculpen mis canas la franqueza con que os hablo. Se aviene mal vuestra severidad de ahora con vuestro descuido y abandono de hace algunos años.

RIVERA.—No me enojo con vos. Si vuestras palabras son crueles, también son justas. No acierto á disculparme. Es verdad. Yo era un mozo sin freno, dechado de liviandades, entregado en cuerpo y alma á Satanás. No sabía de honra ni de virtud. Estaba ciego. Dejé á Laura, sin reflexionarlo, en poder de una mujer cuya viciosa condición no ignoraba. Pero ¿disculpa esto al hombre que la perdió? ¿Tiene perdón por

esto el hombre que le ha dado el tormento de verse abandonada, deshonrada y humillada, durante tres años? Pues qué, ¿pensáis que yo no amo á mi hermana? La amo; y porque la amo he querido casarla con Cuéllar, que hubiera sido un noble marido; y porque la amo quiero vengarla del que ha sido su verdugo y no desposarla con él. ¿Creeis que ese hombre, casándose ahora, transmutará en alegría juvenil y en risueñas é inocentes esperanzas, volviéndolas al puro manantial de que salieron, las lágrimas de vergüenza y de remordimiento que ha hecho verter durante tres años mortales á mi hermana? ¿Hará con su tardío y forzado amor que florezcan de nuevo las rosas sobre la palidez de su marchitas mejillas? ¿Refrescará el ardor de sus ojos, fatigados por el insomnio? Además, es imposible que mi hermana vuelva á amar á ese hombre, si es que le amó; si es que no fué víctima de algun filtro, de algun bebedizo impuro, de alguna hechicería nefanda. Me hierva la sangre en pensar que pudiera yo bajarme á llamar hermano á quien ha atormentado á mi hermana... á quien nos ha despreciado y humillado. Y si es un vil... y si es un cobarde... (y ha de serlo sin duda... si el corazon me lo dice...) ¿por qué quereis que le premie? Para mi hermana será mayor deshonra casarse con él que no casarse. No puede ser de Cuéllar... pues bien... que éntre en religion... pero repito que ántes es menester que yo conozca á quien me ha agraviado, y es menester que muera.

DOÑA IRENE.—Tenía yo cierta esperanza de poder deciros quién es el hombre que tanto enojo os da; mas, al ver que no refrenais el enojo, pierdo la espe-

ranza... y hasta el deseo. Le desecho como un mal pecado. ¿Procedería yo como católica cristiana en designar á un hombre para dar ocasion á un duelo, á un homicidio?

RIVERA.—¡Ah, señora! Averiguad quién es: decídmelo.

DOÑA IRENE.—Hoy ménos que nunca.

RIVERA.—Basta, pues. Llamad á mi hermana para que se venga conmigo.

DOÑA IRENE.—No la atormenteis, dejadla á mi lado.

RIVERA.—Decid á mi hermana que venga. (Gritando.) ¡Laura! ¡Laura!

DOÑA IRENE.—Dejadla en paz. La he cobrado amor. Concededme un breve plazo. Quédese aquí hasta mañana.

RIVERA.—¿Y por qué aguardar hasta mañana?

DOÑA IRENE.—Porque mi esperanza de deciros el nombre del seductor puede realizarse en ese breve plazo. ¡Ah, Rivera! Vos sois bueno de condicion... no seais empedernido. Si os dijese yo quién es, si fuese digno, á pesar de su falta, si tuviese además razones que le justificasen ó le excusasen... espero de vuestra bondad que le perdonareis.

RIVERA.—Os dejo á mi hermana sólo por un dia. Veremos si algo me revelais; pero no aguardeis mi perdon para el seductor. Adios, señora.

DOÑA IRENE.—El cielo os guarde. (Vase Rivera.)